

GRANDE Y ENTRADOR ROMANCE

DE

OAXACA Y SUS SIERRAS.

«Adiós, papá Justiniano,
 Adiós, señoras Pandectas,
 Que si me gusta el derecho,
 Que si me encantan las ciencias,
 Aunque me tienden los brazos
 Casi al concluir mi carrera,
 Entre los renglones miro
 Del Salita y sus lindezas
 Atravesando soldados,
 Reluciendo bayonetas;
 Y me arrebató y seduce
 El estruendo de la guerra
 Que reventando en Ayutla
 Contra el tirano congrega;
 Y allí está el bien de la patria,
 Y allí brillan mis ideas.»
 Esto dijo un estudiante
 De la Ciudad de Antequera,
 Afiliado en el estudio,
 Notable por su modestia,
 Pero que empuñó la espada
 En la americana guerra,
 De bélicas aptitudes
 Y de valor dando pruebas.
 Y ese era Porfirio Díaz,
 Que saltando á la palestra,
 De Ayutla contra Santa Anna
 Enarboló la bandera.



PORFIRIO DIAZ.

Le tenemos de Prefecto
En Ixtlán, donde sin tregua
Venciendo dificultades
Instruye, organiza, crea
Soldados, con sus afanes
Destruyendo la torpeza;
Y así formó laborioso
Una reducida fuerza
De indios, que al primer disparo
Emprendían la carrera
Como parvada de tordos
Al fragor de la escopeta;
Pero el ejemplo, la calma,
La dulzura, la paciencia
Los tornaron en guerreros
Aptos para la pelea,
Que adoraban en Porfirio
Siguiendo fieles sus huellas.
En Oaxaca dominaba
Como autoridad suprema
Cierta general García
Representando á su Alteza
Con aparato terrible
De extorsiones y violencias.
Pero en Ixcapa aparece
Porfirio, y hay resistencia
Que arrolla, que desbarata
Con su personal braveza,
Y á la luz de la victoria
El plan de Ayutla campea,
Y la muerte de Salado
Es de su fama trompeta.
Invaden el rico Estado
Dos formidables panteras,
Vómito de los infiernos,
De Satanás descendencia,
Y eran los hermanos Cobos
Con su endiablada caterva:
Eran polizones bruscos,
Sin Dios, sin fe, sin conciencia,
Que odiaban á los chinacos,
Que su plan, la matanza era;
El robo, su rico erario;
La destrucción, su sistema;
Su aliado, el asesinato;

El terror, guardia y defensa;
 Y del mocho eran espadas
 Y acatadas eminencias.
 El Estado en contra de ellos
 Sus empujes endereza,
 Y Díaz Ordaz de decoro
 Y patriotismo preseaa,
 A quien injusta la historia
 Su excelso valor no aprecia,
 Manda una sección brillante,
 Otra á Porfirio le queda,
 Y ambos Jefes se enaltecen
 Con inmortales proezas.
 Díaz Ordaz deja la vida,
 Pero á un Cobos escarmienta;
 Los soldados de Porfirio
 Instantáneos se dispersan;
 El se retira incansable,
 Su ardiente vigor reserva.
 Cual ave que plega el ala
 En la altura, y así, artera,
 Con su esfuerzo y con su peso
 Lanzarse sobre su presa.
 En uno de esos vaivenes
 Don Marcos Pérez gobierna,
 El profesor de Porfirio
 Al cursar Jurisprudencia,
 Que su ingenio reconoce,
 Que sabe apreciar sus prendas,
 Y á él, el mando de las armas
 Sin vacilar encomienda.
 Este, distinción tan grata
 Renuncia con insistencia
 Y la declina en Salinas,
 Anciano á quien reverencia,
 Dando una prueba patente
 De discreción y modestia.
 El funge de su segundo,
 Y en realidad él impera;
 Se le ve en Tehuantepec
 Con su astucia y con su verba
 Levantando batallones
 Que arma, viste y alimenta,
 Siempre, siempre escrupuloso
 De los fondos dando cuentas.

Atravesar se le mira
 Por las empinadas sierras,
 Haciendo brotar soldados
 Briosos para la pelea.
 Al paso derrota á Trejo
 Que le estorba en su carrera;
 Y es Díaz alma del pueblo
 Que con su prestigio alienta.
 Juárez, que ocupa el gobierno,
 A Don Porfirio se entrega,
 Mientras Cobos de Oaxaca
 Terrible se enseñorea
 Fortificando sus torres,
 Levantando sus trincheras,
 Acopiando cuanto pudo
 Para la fuerte defensa.
 Mas Díaz una brigada
 Forma con inteligencia,
 Y ante la ciudad rebelde
 Intrépido se presenta.
 El fuego incendia los aires,
 El cañón cimbra la tierra,
 Y unas tremendas columnas,
 Con Porfirio á la cabeza,
 Asaltan fosos y muros,
 A sus contrarios aterran
 Dejando do quier despojos
 Y muertos tras sus banderas;
 Y al fin de gloria cubiertos
 La libertad vitorean.
 Cobos se fuga espantado,
 Trenes, armas, todo deja;
 Y el héroe su triunfo esconde
 Tras su probada modestia,
 Cediendo palmas y lauros
 A sus hermanos de guerra.

La paz se afirma en Oaxaca,
 Las leyes sin sombras reinan;
 Entonce el Coronel Díaz
 Hasta México penetra
 Para dar valiente auxilio
 En la empeñada refriega

A los buenos liberales
 Que con suerte varia bregan.
 Cual generosa corriente
 Que el suelo nativo riega
 Y que sus aguas fecundas
 Para otras regiones lleva
 Como para darles jugo
 Y hacer pingües las cosechas.
 Así fué el Coronel Díaz,
 Sus bravos así se muestran,
 Los pueblos su vista aplauden
 Y su llegada festejan;
 Los tambores tocan dianas,
 Claman diana las trompetas,
 Y en medio de los soldados
 Que se yerguen y se alegran,
 Abraza á Porfirio Díaz
 Jesús Gonzalez Ortega.

Enero 21 de 1897.

GRANDE Y REVOLOTEADO ROMANZE

DE

EMBESTIDAS Y DE FUGAS.

PREPAREN, ¡ARMAS!

La derrota de Silao
 Dejó á los nobles á obscuras,
 Y cual quién sigue veredas
 Llenas de nidos de tuzas,
 Como el que en la nopalera
 El obeso cuerpo oculta
 Y no emprende movimiento
 Sin que le piquen las púas.
 Los augustos dignatarios,
 Del retroceso columnas,
 Tienen peste de resfriados
 Si solícitos se buscan;
 O en lugar de dar recursos,
 Dan sustos y dan trifulcas;
 Se requieren municiones
 Y santos triduos se anuncian;
 Se necesitan fusiles,
 Y velas el templo alumbra;
 Y para infundir aliento,
 Los valientes de casulla
 A Miramón mandan palmas,
 Le obsequian con *aleluyas*.
 Miramón firme y entero,
 Del peligro no se asusta:
 Ordena que venga Robles
 De Oriente, con fuerza suya;

Severo á Chacón compulsa
 A que deje Cuernavaca
 Y que apreste sus soldados
 Sin demora y sin excusa;
 Reuniendo hasta tres mil hombres
 Para renovar la lucha.
 En tanto en el horizonte
 Luz de contento relumbra,
 Que el Embajador Pacheco
 Con régia pompa se anuncia,
 Y le miran como suyo
 Los de sotana y de turca,
 Los sacristanes y viejas,
 Todos rosarios y arrugas,
 De esas hijas de la noche
 Hermanas de las lechuzas.
 El Pacheco que en España
 Honró la literatura,
 Estimado por su ciencia
 Y por sus maneras pulcras,
 En México fué otra cosa;
 Con los más mochos se aduna;
 Hace falsa diplomacia;
 Explotó chismes y astucias,
 Y con villana perfidia
 Su nombre preclaro ofusca.
 El Gobierno le recibe
 Como á Cortés, Moctezuma,
 Menos los ricos presentes,
 Menos las danzas de plumas.
 De la embajada á Palacio
 Los homenajes se agrupan,
 Tres carrozas le preparan
 Valiosas una fortuna;
 De dos trenes seis corceles
 Que por su lujo deslumbran,
 El otro con sólo cuatro,
 Lugar secundario ocupa.
 Escoltan jefes lucidos
 El convoy con compostura:
 Gobernador de Palacio,
 El del Distrito, y figuran
 Personajes levantados
 Que en mi memoria se anublan;
 Los Oficiales mayores

En la escalera saludan,
 Y le hacen la reverencia
 Con humillación profunda;
 Y á poco andar los ministros
 Y próceres, los remudan.
 El Salón de Embajadores
 Hierve con crema y espuma
 De dignidades del clero,
 De eminencias de la curia
 Y tenderos ordinarios
 A quienes la plata encumbra;
 Pacheco suelta un discurso
 En que á México dibuja,
 Cual pudiera hacerlo un ciego,
 Sin forma y sin atadura,
 Y Miramón le contesta
 Lacónico y sin dulzuras:
 Que no estaba para farsas
 Y otras cosas le preocupan.

II.

LA GUERRA.

De Guadalajara el sitio
 Con cada luz se encarniza,
 Y los bandos que se empeñan
 En la lucha fratricida,
 Por darle término pronto
 Desesperados ansían.
 Miramón, entre mil dudas
 Con viva inquietud vacila,
 Si en la Capital espera
 O bien si á Castillo auxilia.
 Y Zaragoza apremiado
 Al ver á Márquez encima,
 Concentra sus elementos,
 Su empuje resuelto aviva
 Para dejar en el campo
 Antes que la honra, la vida.
 Berriozábal, entre tanto,
 Consecuente á la consigna,
 Aprovecha de sus tropas

La brillante disciplina,
 Y cauto, severo, experto,
 Al enemigo vigila.
 Sin dar un paso imprudente
 A Tololotlán camina
 La fuerza enerva de Márquez,
 Y es del orden garantía;
 Con él se reúne Quijano,
 Con él Carbajal milita,
 Huerta á su manto se acoge,
 Régules y Ortega imitan
 A sus bravos compañeros
 Que para el pleito se alistan.
 En tanto en Guadalajara
 La lucha se finiquita,
 Y para Tepic, Castillo,
 En dispersión se encamina.
 De Berriozábal despierto
 Márquez se encuentra á la vista;
 Zapotlanejo es el pueblo
 Que se elige como liza;
 Pero Márquez que conoce,
 Pero Márquez que sabía
 Los hechos de *Guadalajara*,
 Hacen de todo desista,
 Que es la resistencia inútil;
 Y asido á tretas malignas
 Buscaba cualquier resquicio
 Para pegar la estampida;
 A Llamas y á Sánchez Facio
 A Berriozábal envía,
 Y éste, que con sabios planes
 La retirada le quita,
 Se cierra á todo tratado
 Y le manda que se rinda.
 Y así las contestaciones
 Estuvieron indecisas;
 Pero Carbajal y Rojas
 De la chinaca bravía,
 Sus briosos cuacos disparan,
 Sus fuertes lanzas enristran
 Y hacen con furia en los mochos
 Horrible carnicería.
 «Esto no habla con nosotros,»
 A una voz resueltos gritan,

Ausentándose del campo
 Vélez, Márquez y Mejía;
 Y no nos dice la historia
 Hasta dónde pararían.
 Dejan en el campo trenes,
 Obuses, artillería,
 Con rico botín de guerra,
 De vestuarios y mochilas
 Y plata en sonantes pesos,
 Que, dijeren lo que digan,
 No sé por qué da contento
 Y produce la alegría.
 González Ortega manda
 Y órdenes tronantes dicta
 Para situar á la fuerza
 Según su plan y sus miras.

Enero 23 de 1897.